

Las religiones, inspiradoras de humanización *

MARTÍN GELABERT BALLESTER, O.P.**

Resumen

Este artículo, como su mismo título indica, trata de presentar a las religiones como promotoras de humanidad, sin obviar las dificultades que tal pretensión presenta. El autor entiende que este criterio, el de la humanización, es más seguro para mostrar la autenticidad de una religión, que las apelaciones de la divinidad. Además, el autor presenta el diálogo interreligioso como necesario para la paz y la convivencia entre las personas y los pueblos. Y ofrece una serie de pistas y orientaciones para un buen encuentro entre las religiones.

Palabras clave: religión, humanización, valores absolutos, diálogo, testimonio, reciprocidad.

Abstract

This article, as its title indicates, tries to present religions like promoters of humanity, without obviating the difficulties that such a claim presents. The author understands that this approach, that of humanization, is safer to show the authenticity of a religion than the appeals to divinity. Also, the author presents inter-religious dialogue as necessary for the peace and coexistence between individuals and peoples. And he offers a series of hints and orientations for a good encounter among religions.

Key words: religion, humanization, absolute values, dialogue, testimony, reciprocity.

* Recibido: 27/Enero/2006 ~ Aceptado: 28/Febrero/2006.

** Doctor en Teología por la Universidad de Friburgo (Suiza). Catedrático en la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España). Entre sus numerosas publicaciones cabe mencionar *Para encontrar a Dios. Vida teológica* (2002), *Jesús, revelación del misterio del hombre. Ensayo de antropología teológica* (2002³), *La Gracia. Gratis et amore* (2002), *Vivir en el amor. Amar y ser amado* (2005), «Análisis antropológico del acto de fe» (2005). E-mail: mgelabert.ar@dominicos.org.

La presencia del extraño entre nosotros, extraño sobre todo porque difiere en lo más profundo y fundamental, como es la religión, es un hecho. Este extraño «religioso», en lo que tiene de religioso es «parecido», semejante a nosotros. Ocurre como con la lengua: el que habla distinta lengua a la mía, está también hablando una lengua. En eso se me parece. Se distingue en que, a pesar de hablar y de razonar como yo, yo no le entiendo. La lengua nos une, y nos separa al mismo tiempo. ¿Qué podemos hacer con aquel que es extraño y semejante? ¿Intentar que deje de ser extraño? Difícil, porque cambiar de religión es tan difícil o más que cambiar de lengua. Nunca se cambia del todo de lengua. A lo sumo se llega a comprender la lengua del otro. Se llega a entenderle y se intenta que él me entienda a mí. Ese es el camino para una buena convivencia.

Este entendimiento con el otro, con el extraño religiosamente, resultará tanto más fácil si llegamos a comprender que todas las religiones, si son auténticas, son humanizadoras. De ahí el sentido de mi reflexión y de su título: las religiones, inspiradoras de humanización. Este título suscita más de un interrogante. Pero he preferido la fórmula afirmativa y no la interrogativa para dejar de entrada bien clara mi convicción de que las religiones son fuente inspiradora y promotora de humanidad.

La religiosidad es tan antigua como el ser humano. Con el ser humano aparecen las preguntas. Pero hay preguntas que nunca encuentran una respuesta definitiva. En primer lugar la pregunta por el hombre mismo: ¿quién soy yo? He aquí una pregunta eterna, nunca resuelta del todo, que siempre reaparece bajo distintas formas. Esta pregunta remite al misterio de la persona y, en definitiva, al Misterio del fundamento y del sentido de lo real: ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy? Habrá personas a las que no convenza la respuesta de las religiones, la remisión a Dios de estas preguntas, pero, al menos como pregunta, la religión aparece como dato originario y determinante del *homo sapiens*. Esta remisión originaria al misterio es lo que permite decir que la fuente más importante de la religión es el miedo. Pero con el mismo o mejor fundamento se podría decir que es la confianza, la confianza en que todo tiene una razón y un sentido, y que esta razón y sentido están determinados por el bien.

1. ¿Religiones humanizadoras?

Aquí no se trata tanto de hablar de religión y de religiosidad cuanto de religiones. Las religiones se presentan como un conjunto de

estructuras jurídicas, éticas, rituales y doctrinales, que buscan la salvación y realización de lo humano integral, tanto individual como comunitario. Realización que tiene que ver tanto con el más allá como con el más acá.

En primer lugar, todas las religiones son una oferta de sentido último para la vida humana. Todas buscan y prometen un más allá inmortal de paz y fraternidad, en el que quedarán superadas todas las limitaciones de esta tierra, y en el que los seres humanos se sentirán plenamente felices. Esta esperanza que despiertan las religiones es fuente de consuelo para sus adeptos, y suele llevar a muchos de ellos a valorar más lo que entienden por cumplimiento de la voluntad de Dios que la propia vida. Sin embargo, ha sido esta esperanza, el consuelo que procura el anuncio de una victoria sobre la muerte, la crítica más fuerte que ha sufrido el discurso religioso. Pues una salvación centrada finalmente en lo escatológico, en el más allá, ha conducido a quienes prescinden de lo religioso o lo descalifican a preguntarse por la posibilidad de salvación en el acá, de vida realizada sin necesidad de Dios. Al fin y al cabo, dirán las ideologías seculares, el pensamiento de una salvación más allá de la muerte, nos distrae de la única posibilidad de vida buena que tenemos, a saber, la de nuestro presente, la de este mundo, para orientarnos a lo que no existe. Las religiones son las causantes de que olvidemos el más acá; nos han hecho perder la felicidad presente y posible en nombre de una felicidad improbable, cuando no inexistente. Esta crítica nos plantea una pregunta a la que la misma práctica a la que conducen las religiones responde positivamente: ¿hay salvación antes de la muerte? Precisamente la esperanza que suscitan las religiones, lejos de conducir a sus fieles a despreocuparse del bien terreno, ha sido un estímulo más para buscarlo y realizarlo.

Importa, pues, aclarar que una auténtica esperanza en el más allá es promotora de bien, de amor y de humanidad para el más acá. Las religiones no descuidan los asuntos mundanos, la construcción de la ciudad terrena. Al contrario, promueven modelos de existencia para este mundo que hacen buenas a las personas. Crean espacios comunitarios en donde los humanos se sienten unidos unos a otros, en los que se vive la fraternidad y se supera la soledad. Las religiones son también promotoras de cultura o de arte. Consideran el mundo como obra de Dios y, por tanto, promueven el respeto y el amor a la tierra. La ecología se cuenta entre sus preocupaciones.

Muchas de sus prescripciones de pureza, las abluciones rituales, las prohibiciones de tomar determinados alimentos o de tomarlos en determinados tiempos buscaban, en su origen, asegurar la supervivencia de la especie, la limpieza física y la salud psíquica de las personas. Como una buena madre, la religión decía cuándo lavarse, cómo vestir, qué

comer, cómo hacer el amor y cómo purificarse después de hacerlo. Y también cómo y cuándo se entraba en la edad adulta. O cómo despedir humanamente a los que nos dejaban para entrar en la otra vida. Las religiones han ayudado a organizar la sociedad, a defenderse contra los enemigos y a comportarse con el extranjero. Las religiones, en suma, proponen visiones englobantes de la vida y del mundo, e imponen formas originales de regular los comportamientos tanto a nivel individual y social, como a nivel inter-étnico e internacional.

Sin duda, muchos de sus ritos y costumbres están condicionados por la geografía, la cultura y las posibilidades de tiempos ya pasados. Pero eso no impide que captemos su intención profundamente humanizadora. Más aún, sus responsables religiosos o sus «sabios» han buscado, en el curso de los tiempos, actualizar estos preceptos y ritos, buscando la intención profunda que los inspiraba.

Por otra parte, las religiones, al ofrecer caminos de encuentro y de conocimiento de la divinidad, han contribuido a que las mujeres y los varones pudieran vivir más confiados y más conscientes de su dignidad. El hombre interesa al Creador, dicen de un modo u otro todas las religiones, hasta el punto de que el Creador quiere establecer relaciones con el ser humano, darse a conocer. Esta relación de toda persona con Dios ha hecho a las religiones respetuosas de la vida humana, defensoras de la vida del no nacido, del anciano o del enfermo. Toda vida frágil y necesitada ha encontrado su mejor defensa en las religiones y en los creyentes. Buscando defender la vida humana y su dignidad, las personas religiosas han creado instituciones –escuelas, hospitales, casas de acogida– al servicio de los más pobres y olvidados. Al ver en todo ser humano una criatura, un hijo de Dios, las religiones se convierten en la mejor garantía de los derechos humanos. La relación que cada uno tiene con Dios le confiere una dignidad inalienable.

Más aún, el conocimiento de lo divino, lleva a la persona religiosa a querer, de un modo u otro, identificarse con Dios, imitar a Dios, someterse a él, obedecerle. Si Dios es descubierto como clemente y misericordioso, o como Dios de paz y de perdón, o como Padre lleno de amor, entonces el ser humano es invitado a corresponder con una vida movida por el amor, el perdón, la paz, la misericordia, etc. Dios es humanizador. Cuanto más nos asemejamos a El, más humanos somos.

Las religiones son también conscientes de la debilidad del ser humano y, en este sentido, son llamadas permanentes a la conversión y al arrepentimiento cuando alguien se desvía de los caminos de Dios, que son los caminos del bien. También ahí las religiones contribuyen a la mejora y perfeccionamiento del ser humano, pues su plena realización escatológica y definitiva, supone el cumplimiento de una liberación

previa, la superación actual de lo que unas llaman pecado, otras ignorancia, y otras falsas ilusiones. Al apelar a la conciencia y al afirmar que Dios ve hasta los secretos más íntimos del corazón, las religiones se convierten en los mejores aliados y garantes del bien común: si la mujer o el varón religioso no roba, no es por miedo al castigo, sino porque está convencido de que el robo no sólo perjudica al hermano, sino que, por eso mismo, ofende a Dios. Esta apelación a la conciencia y a la voluntad de Dios, otorga una gran valentía a las personas religiosas para oponerse a las leyes injustas y practicar lo que se conoce como objeción de conciencia.

2. ¿Religiones deshumanizadoras?

Y, sin embargo, lo anterior no debe hacernos olvidar que no todo es luz y gracia en las religiones. También hay en ellas oscuridad y desgracia. Las religiones, quizás a su pesar, no siempre han contribuido a la humanización. El título de nuestra reflexión es una afirmación, pero una afirmación que plantea numerosos interrogantes. Y, precisamente en aras del mantenimiento de la afirmación humanizadora de las religiones, conviene que seamos conscientes de esos interrogantes. Esta conciencia ayuda a los creyentes a responder a los malentendidos sobre las religiones que, a veces, abundan entre los no creyentes. Pero sobre todo les ayuda a cambiar en su propia vida aquellos aspectos que pueden ser causa de tales malentendidos. Los interrogantes, lejos de tomarse como una ofensa, deben ayudar a los creyentes a llevar una vida religiosa más fiel, más auténtica, más transparente, más purificada.

En el terreno de la moral sexual las religiones han contribuido a fomentar la represión y el temor, presentando lo más natural como una realidad vergonzosa, dificultando la necesaria información en este terreno. Han mantenido muchas reservas ante los progresos médicos o científicos en el terreno sexual. En general, han culpabilizado más a la mujer que al varón cuando se trataba de los llamados pecados sexuales. Han sido siempre recelosas con el placer sexual. Han avalado matrimonios en los que el amor estaba ausente. En la teoría y en la práctica su discurso ha dado a entender que los más graves son los pecados sexuales: un adúltero es peor que un político que acepta sobornos, aunque este último hace un mal mil veces mayor.

Sin duda, las religiones han sido promotoras de cultura. Pero también han sido impedimentos para la necesaria autonomía de las ciencias y de los saberes. Han combatido y condenado a científicos eminentes (Galileo, Darwin, Freud, etc). No han sido suficientemente

autocríticas consigo mismas cuando las evidencias científicas parecían contradecir sus textos sagrados y sus dogmas. No han sabido distinguir el plano de la ciencia y el plano de la fe. Y, a veces, han buscado ingenuamente concordancias entre ambos planos.

Muchas mujeres y varones, en nombre de su fe en Dios, han sido grandes personas de acción y promotores de progreso para la humanidad. Pero también las religiones han promovido un tipo de santidad o de religiosidad intimista, individualista, independiente de su acción benéfica, poco comprometida en el terreno social, presentando como modelos de santidad o de religiosidad a personas impotentes en la acción. Bertrand Russell ofrecía en la primera mitad del siglo pasado un ejemplo, que quizás se puede matizar, pero que fundamentalmente va en la buena (o mala, según como se mire) dirección. Aunque se refiere a la Iglesia católica, me parece que es aplicable a las distintas Iglesias y religiones: «La Iglesia no consideraría jamás santo a un hombre porque reformase la hacienda, la ley criminal o la judicial. Tales contribuciones al bienestar humano se considerarían como carentes de importancia»¹.

Las religiones han promovido y siguen promoviendo la paz en nombre del Dios de la paz. Y, sin embargo, también han justificado la guerra, calificándola a veces de santa, han justificado la pena de muerte, las persecuciones de los que no eran sus adeptos, la Inquisición o la caza de brujas. ¡Cuántas atrocidades en nombre de la religión! ¡Cuántas enemistades, cuántas exclusiones, cuánta negación de «los otros», como persona, como pueblo y como cultura, en nombre de Dios! Lo peor es que las religiones se han enfrentado entre ellas, se han negado mutuamente el derecho a existir. Cierto, en esta Península Ibérica desde la que escribo hay una tradición de entendimiento y buena convivencia entre el judaísmo, el islam y el cristianismo. Pero no es menos cierto que ha habido también otras épocas de intolerancia, de expulsiones, de vasallaje, de temor y de enemistad mutua.

Este catálogo de culpas, que podría ampliarse, ¿nos debe llevar a pensar lo que Bertrand Russell escribió en 1930: «posiblemente la humanidad se halla en el umbral de una edad de oro; pero, si es así, primero será necesario matar al dragón que guarda la puerta, y este dragón es la religión»²?

¹ B. Russell: *Por qué no soy cristiano*. Edhasa, Barcelona 1999, 56.

² *Ibid.*, 73.

3. Necesidad de valores absolutos

No basta con hacer una crítica a las religiones, o mejor, a algunas desviaciones de sus inspiraciones fundamentales que se han dado en todas las religiones. Pues a pesar de que las religiones han sido gestionadas y vividas por personas limitadas y pecadoras, en ellas se encuentra el secreto de toda vida reconciliada y fraterna.

Las sociedades y las personas necesitan sentido para la vida y valores para que los adelantos y las posibilidades técnicas sean discernidas y puestas al servicio de la humanización pluralista. Ciertamente, hoy la ciencia y la técnica han logrado cotas de bienestar nunca soñadas en el pasado. Ahora bien, llegados a estas alturas del siglo XXI, ya no hace falta convencer a nadie de las ventajas, pero también de los peligros de las ciencias exactas y de las ciencias aplicadas. Con ellas hemos logrado lo mejor y lo peor. Por otra parte, los legítimos anhelos humanos de liberación y de emancipación de los pueblos, han dado lugar en el pasado siglo XX a ideologías y, lo que es peor, a formas de gobierno inaceptables y esclavizantes (Hitler, Stalin, y tantos otros), que pretendían, en el colmo de la ironía, ser los verdaderos agentes de la emancipación o de la mejora de la humanidad.

La humanidad actual (occidental) necesita, más que nunca, salvación y liberación, a fin de salvarse de los poderes tenebrosos que ella misma ha desencadenado. La ciencia y la técnica no son malas por sí mismas. Los malos son los gobiernos y personas que las utilizan para su propio provecho, sin tener en cuenta las consecuencias que este provecho egoísta produce en los demás. La ciencia que, supuestamente iba a librarnos de los males de los que la religión no pudo librarnos (hambre, pobreza, guerras de religión, catástrofes naturales), no sólo no ha logrado su objetivo, sino que, en algunos aspectos, ha acrecentado los males (crecimiento económico descontrolado, espiral armamentística, manipulaciones genéticas).

La ciencia y la técnica no nos hacen ni más sabios ni más buenos. Puestas al servicio del prójimo pueden lograr maravillas. Utilizadas como instrumentos de poder, resultan destructivas. ¿Quién controla el uso de la técnica y el ejercicio del poder? ¿Cómo ponerlos en manos de una libertad no pervertida? ¿Cómo lograr una ciencia correcta? Hoy se plantea inevitablemente la pregunta de en qué y para qué el ser humano va a utilizar estos maravillosos instrumentos que su inteligencia ha producido. La necesidad de un control, tanto de la técnica como del poder, y la necesidad de que las posibilidades de la ciencia sean utilizadas en beneficio de todos, es una cuestión ética. Una cuestión que desborda el campo de lo instrumental y se mueve en el ámbito de los valores. Y,

finalmente, termina apelando al amor. No sólo se necesita un control y una autorregulación para evitar que los distintos egoísmos redunden en perjuicio propio, se necesita comprender que la felicidad propia depende proporcionalmente de la felicidad de los demás.

En este terreno es donde se sitúan las religiones promoviendo amor, paz y fraternidad, en nombre de un valor trascendente y supremo, que está por encima de todo interés y de toda manipulación. Un valor absoluto, que hace de la vida, de la paz, de la verdad, de la justicia y del amor imperativos absolutos. Pero también de la misericordia y del perdón.

4. El criterio de lo humano

Si las religiones son inspiradoras y promotoras de humanización, entonces es claro que lo humano es criterio de la buena religión. En la búsqueda de lo humano es donde las religiones pueden encontrarse entre ellas y donde pueden ofrecer un criterio objetivo de su bondad a las personas no religiosas.

Aparentemente todas las religiones tienen a Dios como común denominador. Pero, de hecho, este no es un buen punto de encuentro, porque los conceptos de Dios que tienen las religiones no coinciden³. ¿Dios es personal o impersonal? ¿Es el Todo o es el Vacío? ¿Es Uno o es Uni-Trino? ¿Es Señor o es Padre? En este terreno sólo cabe el respeto y la explicación mutua.

Ahora bien, estas comprensiones de lo divino muestran su credibilidad a través de su acción salvífica y liberadora. Las religiones se presentan como caminos de acceso a la salvación, como lugares de salvación y de realización. Las estructuras religiosas no salvan. Dios salva y la respuesta del ser humano es salvífica, respuesta que –según las diversas religiones– se concretiza en el amor, en el conocimiento, en la conciencia o en la fe. Las religiones nos indican estos caminos y buscan mantenernos en ellos. Por eso digo que el criterio de verdad de una religión es lo «humano», o sea, su capacidad de liberar a las personas y de favorecer su realización. Una religión que propone una visión estrecha o limitada del ser humano, o que promueve la utilización de medios perversos y alienantes, es una religión que ha perdido el sentido de su propia misión y el contacto con sus raíces más auténticas.

³ Pido perdón por insertar esta nota de humor. Llega uno al cielo y pregunta: ¿está Dios? Le responden: ¿cuál de ellos?

Cierto, no resulta fácil saber en qué consiste lo «humano», ni ponerse de acuerdo sobre la forma concreta de protegerlo y promoverlo, pues lo humano siempre se sitúa localmente y se define culturalmente. Es más fácil decir lo que no es humano, que decir exactamente lo que es. Pero este criterio de lo negativo, de lo que no es humano, es ya un buen criterio, un buen punto de partida. Pero hay más: pues la apertura de las distintas culturas, el advenimiento de una conciencia planetaria y la mundialización de las responsabilidades, nos permiten esperar, al menos, un acuerdo de mínimos sobre lo humano positivo y sobre sus derechos individuales y sociopolíticos. Porque todos compartimos la humanidad, podemos arriesgar una palabra sobre lo que es auténticamente humano. Si las religiones pretenden ser lugares de realización humana, esa realización no puede reducirse a un vago sentimiento de bienestar individual, sino a la plenitud humana. Lo humano que buscan las religiones es lo humano integral, la realización de mi «yo con los otros en el mundo», un yo en el que quedan potenciadas todas las dimensiones de la persona, y entre estas dimensiones se cuenta mi estar con los otros, el bienestar de los otros, y un mundo armonioso, hogar en el que todos quepan y quepan bien.

No es fácil manejar el criterio de lo humano, porque todos tendemos a confundir naturaleza y cultura, o a identificar lo humano con el modelo social dominante en nuestra área geográfica. Pero, en todo caso, es más manejable que el criterio de lo divino, y con él hay menos peligro de errores y de ilusiones. En todo caso, lo humano me parece el mejor contexto en el que cobra sentido la cuestión de Dios ante las exigencias culturales y la sensibilidad espiritual de nuestro mundo. Es menos peligroso juzgar de lo divino a partir de lo humano, que a la inversa. La historia nos ilustra sobre los peligros de partir de lo divino para juzgar la verdad de una religión. Bien conocidos son los daños que se han hecho «en nombre de Dios». Lo auténticamente humano es precisamente lo que hay de más divino en nosotros⁴.

5. El diálogo interreligioso, camino de humanidad

Se ha dicho que la paz entre las religiones es un presupuesto de la paz entre las culturas, los pueblos y, en definitiva, los seres humanos. De ahí mi interés en decir una palabra sobre el principal problema que, por una parte, parece que descalifica a todas las religiones; y, por otra, es

⁴ Cfr. R. Bergeron: *Hors de l'Église plein de salut*. Médiaspaul, Montréal 2004, 184-187.

causa de conflictos y, por tanto, de inhumanidad. Este problema es la pluralidad de religiones y la pretensión de verdad de todas ellas. El pluralismo toca de lleno el tema de nuestra reflexión. Si todas las religiones pretenden ser verdaderas, eso significa que, en última instancia, a lo sumo sólo lo es una, y posiblemente no lo sea ninguna. Con lo cual, bien todas, bien la mayoría, son un engaño, una mentira. Sobre lo falso no puede construirse ninguna humanidad. Por otra parte, cuando todos pretenden lo mismo, el conflicto parece inevitable, y los conflictos tampoco construyen humanidad.

Todas las religiones pretenden no sólo ser verdaderas, sino las únicas verdaderas. Y pretenden, además, que su mensaje es universal, o sea, destinado a todos los seres humanos porque es capaz de liberar a todos y cada uno. Hoy se da un nuevo dato: el pluralismo de hecho de las religiones ha dejado de ser geográfico (cada religión ocupa un determinado espacio, cada una tiene su propio territorio) y se ha convertido en intracultural, desplegándose en un mismo espacio geopolítico (varias religiones coexisten en el mismo espacio y dentro de la misma cultura). De ahí se deriva la posibilidad del conflicto; de hecho, cada religión ha negado a las otras el derecho de existir, y a veces, lo ha hecho de forma violenta. Actualmente, conscientes de que el enfrentamiento perjudica a todos, muchos se preguntan si no ha llegado el momento de pasar de un pluralismo de hecho a un pluralismo de derecho, o sea, a pasar de la constatación de que hay varios modelos religiosos, al reconocimiento de que debe haber varios.

No puedo entrar ahora a discutir la posibilidad teológica del pluralismo de derecho. Pero sí hay que notar que el pluralismo pudiera tener una vertiente positiva, de cara a mi propia comprensión y a mi manera de situarme ante los demás. Una vez constatado que yo, o mi grupo, o mi etnia, o mi religión, no estamos solos en este mundo, se plantea la cuestión de cómo existir con los demás, de qué hacer con los demás, cómo tratarlos, cómo situarnos ante ellos. Caemos también en la cuenta de que este mundo no es sólo mío. Es un mundo común. Es preciso tener en cuenta la realidad para poder vivir humanamente. Por tanto, es necesario tener en cuenta al otro, respetar las diferencias e identidades alejadas de las nuestras. Y eso incluso para comprenderse uno mismo, para tomar conciencia de nuestra propia identidad. Pero sobre todo para vivir y dejar vivir. Necesitamos de los demás para comprendernos a nosotros mismos, necesitamos de su libertad y de su felicidad para realizar nuestra propia vida.

Este planteamiento es una apelación al amor, una de cuyas manifestaciones mínimas pudiera ser el diálogo interreligioso. En el diálogo y encuentro entre las religiones se ha puesto el acento en la

verdad. Y las verdades religiosas separan, porque se presentan como indiscutibles y deben aceptarse autoritariamente. Cuando se pensaba en el amor, se pensaba en el amor entre los miembros de la misma religión, de la misma comunidad. En el amor a los cercanos, a los iguales, a los amigos. Pero es importante recordar que el amor también puede dirigirse a los lejanos, a los distintos, a los extraños. El amor al distinto comienza por reconocerle como distinto, y no pretende que deje de ser, en el doble sentido de anular su identidad o de anular su existencia.

Un viejo principio de filosofía griega dice que sólo el semejante reconoce al semejante. ¿No es posible otra lógica? ¿No es posible que las personas religiosas amen a las personas que profesan otra religión no a pesar de su religión, sino en su religión? Para amar al otro tal como es, debo acogerle en su diferencia respecto a mí, puesto que esta diferencia es constitutiva de su identidad. Reconocer al otro en su diferencia es incluso ayudarlo a que sea mejor, más auténtico en su propia fe. El amor al otro triunfa sobre el miedo, se hace primero tolerante, pero tiende a buscar la simpatía espiritual. Ante el extraño, lo espontáneo es la desconfianza. El diferente nos parece peligroso, nos da miedo. Pero frecuentemente el miedo es debido al desconocimiento. Se teme lo que se ignora. De ahí que el diálogo y el mutuo conocimiento engendren confianza. Una confianza que se fundamenta también en nuestra mutua condición de seres humanos, unidos en lo más esencial, idénticos en lo más radical.

El diálogo, y en definitiva el amor, no desea poner fin a las identidades ajenas ni a las separaciones, sino acabar con las divisiones, los odios y las guerras fratricidas. No habrá paz entre los seres humanos sin paz entre las religiones. Y no habrá paz entre las religiones sin tolerancia religiosa, sin aceptación del diferente. Y para aceptarlo, es preciso conocerlo, acercarse a él con respeto y escucharlo con atención.

6. Testimonio propositivo, que no descalifica a nadie

La misión, el testimonio, el tratar de convencer a los otros para que ingresen en mi grupo religioso, la búsqueda de la conversión de los ajenos a mi religión, el proselitismo (quitándole a esta palabra toda connotación peyorativa) es una consecuencia de la pretensión de universalidad de toda religión. Ahora bien, el respeto a la diferencia nos conduce a un modo de dar testimonio de la propia fe que no busque descalificar al otro. Las religiones no pueden afirmarse oponiéndose. La verdad de mi religión no depende de la falsedad de las otras.

Las religiones tienen que justificarse ante sí mismas críticamente. Esta tarea es propia de cada religión y las demás deben respetar el modo que ella tiene de hacerlo. Deben también justificarse ante las demás religiones, pero nunca oponiéndose, ni tampoco discutiendo, sino proponiéndose. Y respetando siempre la libertad. Una conversión que no es libre, es una falsa conversión. Una fe forzada es una falsa fe. Imponer a otros mis convicciones religiosas como verdades absolutas, y condenar a los que rechazan creerlas, es dar pruebas de intolerancia. Las religiones sólo humanizan cuando son libres.

Finalmente, las religiones tienen que justificarse ante el mundo proponiéndose, pero también respondiendo a las interpelaciones y preguntas que provienen del mundo. Una religión incapaz de dialogar con el ateísmo, una religión que no puede, o que al menos no intenta mostrar su credibilidad ante el mundo, nunca será capaz de convencer. Las religiones deben ser capaces de hacer una apología de sí mismas, de hacer un discurso razonado, teniendo en cuenta las distintas situaciones culturales, así como las búsquedas de sentido y los problemas de las personas a las que desean convertir.

Se trata, pues, de dos tipos de testimonio y de misión: un testimonio de las religiones entre ellas, y un testimonio de cada religión ante el mundo. A este respecto quisiera traer a colación un libro escrito en catalán hace ya muchos siglos, verdadero modelo de diálogo interreligioso y de misión ante el mundo. Se trata de la obra de Ramón Llull, *Llibre del gentil i des tres savis*. Llull nos presenta a un gentil, o sea, a un filósofo que no conoce a Dios, inquieto y buscador de la verdad. Este filósofo se encuentra un día con tres sabios (un judío, un cristiano y un musulmán) que dialogan sobre cuestiones religiosas no de forma dogmática, sino buscando razones y apelando a la inteligencia. Los tres sabios convencen al filósofo de que existe un Dios y de que hay un futuro de vida tras la muerte. Entonces, el gentil, muy contento, les pide que le indiquen cómo hacerse religioso. Y descubre horrorizado que los tres sabios tienen cada uno una religión distinta. A partir de ese momento el filósofo se muestra dispuesto a escuchar los argumentos religiosos de cada uno de los tres sabios, pero con una condición: que sólo él puede interpelarlos; los sabios no pueden discutir entre ellos. La sorpresa final es que, cuando el filósofo se dispone a manifestar cuál de los tres sabios le ha convencido más, los sabios le piden que no se lo diga, porque ellos prefieren continuar el diálogo, hecho de respeto y de mutua comprensión.

Dos lecciones me gustaría sacar de este breve resumen de una obra muy rica: primero, que los sabios no quieren saber qué religión ha convencido al filósofo. Eso significa que la respuesta religiosa es un

asunto personal, y que cada uno debe situarse ante su propia responsabilidad de elección. Las religiones no tienen que discutir esa elección, ni sentirse descalificadas por ella. En el terreno religioso no hay respuestas dirigidas, sino que cada uno debe encontrar su propio camino, respetando el de los demás. Segunda cosa que quiero destacar: la apelación a la inteligencia sirve para exponer no sólo las grandes verdades comunes a las tres religiones, sino también las verdades específicas y propias de cada una de las religiones. Por otra parte, sólo el gentil, el filósofo, o sea, la razón, puede interpelar a cada religión, pero es mejor que ellas no discutan entre sí. Cada una puede y debe tratar de convencer al filósofo, pero no al precio de desprestigiar o discutir con las otras.

7. Creatividad

Me gustaría ofrecer, para acabar, dos ideas más, que me preocupan mucho, que dan un paso más allá del diálogo siempre necesario e imprescindible, y que me parecen importantes de cara a una humanización más rica.

La primera es lo que yo llamo creatividad común. Las religiones separan, pero desde cada una de ellas podemos unirnos en la creatividad común para hacer posible en este mundo una vida humana digna de este nombre, una vida buena realizada en el amor.

El camino para esta búsqueda común es la interactuación. La palabra diálogo no es una palabra mágica. Incluso, en ocasiones, puede utilizarse buscando imponer con guante de seda mis propuestas u opiniones, sin buscar realmente un acercamiento al otro. Cuando de lo que se trata es de imponer mi opinión, la palabra diálogo produce una gran frustración. Porque incluso, en el mejor de los casos, el diálogo no puede reducirse a una cierta tolerancia y a un vago deseo de entenderse. Esto es sólo el primer paso, importante, sin duda, en la medida en que va más allá de los conflictos. Pero hoy debemos pasar del diálogo a la creatividad común. Pasar del hablar juntos al crear juntos. ¿Qué pueden crear juntos nuestros dos grupos, sean grupos religiosos, o grupos políticos, o grupos económicos, o grupos artísticos? Esa es la pregunta que el Creador nos plantea a todos. Esa es la cuestión esencial para compartir la vida con aquellos que nos resultan diferentes: interactuar y preguntarnos qué podemos crear juntos. La ley del universo, la ley del Creador, no es la de los dualismos tolerantes, sino la de las mutuas interpenetraciones.

Para superar lo que nos separa, o incluso mejor, para convivir con lo que nos separa, nada como buscar lo que nos une, buscar aquello en lo que podemos colaborar. Ser creativos, yendo más allá de las diferencias, para trabajar juntos en lo que puede unirnos. Posiblemente lo que puede unirnos es también lo más urgente.

Para encontrar caminos de creatividad común nada mejor que un espíritu abierto al otro, capaz de autocrítica consigo mismo (o de humildad si se prefiere este lenguaje más religioso). Así, unos y otros podemos darnos la mano en la búsqueda de salvación de y para lo humano. En lo humano, la mujer y el varón religiosos deben sentirse como en su propia casa, porque como ya he dicho, nada hay más divino que lo humano.

8. Búsqueda de reciprocidad

La última idea, que posiblemente merece un mayor desarrollo, que me parece un camino para encontrar una plenitud de paz, la voy a expresar como si fuera un eslogan, un lema: ¡que la recíproca sea siempre verdad!

Aunque no cualquier cosa se puede tolerar (por ejemplo un discurso racista o que incita al odio), no es menos cierto que la tolerancia no puede exigir la reciprocidad. Quien sólo ama a los que le aman, no conoce el verdadero amor. Quien sólo es honrado con los honrados, no es realmente honrado. La virtud vale por sí misma y no porque sea recíproca. La tolerancia tiene un valor propio, que no depende de la tolerancia o de la intolerancia del otro. La virtud de la tolerancia es muy difícil.

Ahora bien, esto no quita que la plenitud de las virtudes referentes al prójimo, sea la reciprocidad. El verdadero amor, ama siempre, también al enemigo. Pero la plenitud del amor no está en el amor al enemigo, sino en el amor recíproco, que se convierte en amistad. De ahí que en el encuentro entre las diversas religiones, la plenitud del encuentro esté en la reciprocidad. Sólo esforzándonos por la reciprocidad y buscando tender siempre a ella, pueden desterrarse para siempre los peligros de violencia entre las religiones. La reciprocidad construye una paz duradera y plena.

¡Que la recíproca sea siempre verdad! Ese me parece un criterio sobre el que todas las religiones deberían reflexionar de cara a sus relaciones con las otras. Este criterio tiene aplicaciones múltiples. En los matrimonios interreligiosos, en las presidencias de los coloquios, en las

oraciones comunes, en la construcción de templos, en la búsqueda de apoyos o de ayudas estatales, en apoyar al otro en aquello mismo que me gustaría que él me apoyara a mí. Que la recíproca sea verdad significa que una religión no puede abrogarse privilegios frente a otras, que no puede pretender que sea siempre el otro el que ceda, que ella debe estar dispuesta a ceder en eso mismo que pide al otro que ceda.

9. Palabras finales

Hay que acabar. ¿Las religiones, inspiradoras de humanidad? Sin duda alguna, pero con algunas condiciones que hemos esbozado en nuestro discurso. Si esas condiciones no se cumplen las religiones, a lo sumo, se soportarán, necesitarán de controles externos para no agredirse y, en definitiva, se empobrecerán. Respetar al otro en su alteridad me hace crecer en identidad. Y así, crecemos los dos en humanidad. Lo humano es lo que nos une, lo universal auténtico. Pero lo humano siempre se realiza en lo particular. De ahí que la verdadera universalidad no es la del que pretende acapararlo todo, destruyendo las diferencias, sino la del que es capaz de entrar en relaciones con todo. Dios es absoluto porque está en relación con toda la realidad.

Sumario: 1. ¿Religiones humanizadoras? 2. Religiones deshumanizadoras? 3. Necesidad de Valores absolutos. 4. El criterio de lo humano. 5. El diálogo interreligioso, camino de humanidad. 6. Testimonio propositivo, que no descalifica a nadie. 7. Creatividad. 8. Búsqueda de reciprocidad. 9. Palabras finales.